

proveer lo necesario. » Con esto los dejó, y se entró en el otro aposento.

Esto me alentó, y como si de otra parte me trajeran el corazón y me lo pusieran en el cuerpo, así entonces lo sentí, que aun hasta en este punto no estaba fiado de aquellos traidores. Temía no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya, con lo que allí trataron en mi presencia quedé alegre y consolado; pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar; no pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno que tenía pidiendo; mas pasábase menos mal por el curioso tratamiento, comida y cama que tenía, que era, según podía desearse, como un príncipe servido, como la persona de monseñor curado, y así lo mandó á los de su casa, demás que por su propia persona venia todos los días á visitarme, y algunos tardaba conmigo, hablando de cosas que gustaba oirme. Con esto sané de la enfermedad, y cuando pareció á los cirujanos tiempo se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y á mí me mandaron hacer de vestir y pasar al cuartel de los pajes, para que como uno dellos de allí adelante sirviese á su señoría ilustrísima.

## CAPITULO VII.

Cómo Guzmán de Alfarache sirvió de paje á monseñor ilustrísimo cardenal, y lo que le sucedió.

¶ De todas las cosas criadas, ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio: á todos los llegó su vida y tuvieron vez; mas como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y otras han corrido. De la poesía ya es notorio cuánto fué celebrada. Diga de la oración la antigua Roma, la veneración que dió á sus oradores; y hoy nuestra España á las sagradas letras, de tantos tiempos atrás bien recibidas, y en el punto en que están ambos derechos. Los vestidos y trajes de España no se escapan, que inventando cada día novedades, todos abilan tras ellas como cabras; ninguno queda que no los estrene, y aquello no parece bien, que hoy no admite el uso; no obstante que se usó y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho á querer todos emparejarse, vistiendo una medida el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por seguir igualmente al uso, y querer con un jarabe ó purga curar todas las enfermedades. También los vocablos y frasis de hablar corrompió el uso, y los que algun tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas también tienen su cuando, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetece, ni en otoño lo que en el estío, y al contrario. Los edificios y máquinas de guerra se innovan cada día; las cosas manuales van rodando; las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas, que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconaron á la zarabanda, y otros vendrán que las destruirán y caigan. Quien vió los machuelos un tiempo, que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas, y ser incapaces hoy de toda cortesía, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner.

¶ Testigos somos todos cuando el hermano sardesco era el regalo de las damas, en que iban á sus estaciones y visitas: agora es todo sillas las que antes eran albardas. Digan las mismas damas cuán esencial cosa sea, y lo que importa tener perritos falderillos, monas y papagayos para entretener el tiempo, que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas; mas fueron desgraciadas y pasaron; corrieron como todo. A la Verdad aconteció lo mismo: también tuvo su cuando, de tal manera, que antiguamente se usaba mas que agora; y tanto que vinieron á decir, haber sido sobre todas las virtudes respetada, y

aquel que decía mentira (mas ó menos de importancia), era conforme á ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa, y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fuese pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacían vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados, de donde poco á poco vino la Verdad á no querer ser oída; y de no quererla oír, llegaron á no quererla decir; que de un escalon se sube á dos, y de dos hasta el mas alto, de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y á que en su silla fuese recibida la Mentira.

¶ Salió la Verdad á cumplir el tenor de la sentencia: iba sola, pobre, y cual suele acontecer á los caídos (que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer; y en las adversidades los que se llaman amigos, declaradamente se descubren por enemigos), á pocas jornadas, estando en un repecho, vió parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto mas se acercaba, mayor grandeza descubría. En medio de un escuadron, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme á su calidad, mas ó menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad. En él venia un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto mas de cerca, perdía de su hermosura hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecía muy gallardo, mas puesta en pié ó andando, descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos á la vista y de colores varios, mas tan sutiles y de poca cantidad, que el aire los maltrataba, y con poco se rompían.

¶ Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadron, admirada de ver su grandeza; y cuando el carro llegó, que la Mentira conoció á la Verdad, mandó que parasen. Hizole llegar cerca de sí; preguntóle de dónde venia, dónde y á qué iba. Y la Verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno mas poderoso cuanto mayores contrarios vence; y tanto es mas tenido cuantas mas fuerzas resistiere. Mandóla volver, no pudo librarse, hubo de caminar con ella; pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare á la Verdad no la hallará con la Mentira ni sus ministros; á la postre de todo está, y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron fué á una ciudad, en donde salió á recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso; convidóla con el hospedaje de su casa; aceptó la Mentira la voluntad, mas fuése al meson del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y sestearon. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo Ostentacion con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada; preguntóle al huésped lo que debía, hicieron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en ninguna cosa, dijo que bien estaba.

¶ Luego la Mentira llamó á la Ostentacion, diciendo: « pagadle á ese buen hombre de la moneda que le distes á guardar cuando aquí entrastes. » El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquella que decían. Túvolo á los principios por donaire; mas como instasen en ello y viese que lo afirmaban tanta gente de buen talle, lamentábase, diciendo: nunca tal habérsele dado. Presentó la Mentira por testigos al Ocio su tesoro, á la Adulación su maes-

tresala, al Vicio su camarero, á la Asechanza su dueña de honor, y á otros sirvientes suyos; y para mas convencerlo, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y á la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires, pidiendo á los cielos manifestase la verdad; pues no solo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía. Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio amigo, razon teneis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí mas de á mi de vuestra parte, y en lo que puedo valer os es en declararme, como lo hago.

¶ Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad; y así se hizo y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suele ser verdugo de otro, y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual; son peces que se comen grandes á chicos.

¶ Llegaron mas adelante á un lugar, donde la Murmuración era señora y gran amiga de la Mentira. Salióla á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traicion, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Perezosa, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares. Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira con una condicion, que solo le diese el casco de la casa, porque ella queria hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla; mas como debía dar gusto á la Mentira, recibió la merced que le hacia sin replicarle mas en ello, y así se fueron juntos á palacio. El veedor Sollicitud y el despensero Inconstancia proveyeron la comida; y á la fama vinieron de la comarca con suma de bastimento: todo se recibía sin reparar en precios, y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habian vendido: el tesoro dijo, que nada les debía, y el despensero que lo habia pagado. Levantóse gran alboroto; salió la Mentira diciendo: ¿ amigos, qué pedis? Locos estais, ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aqui trujistes, que yo lo vi y os dieron el dinero en presencia de la Verdad; ella lo diga, si basta por testigo. Fueron á la Verdad que lo dijese, hizose dormida, recordáronla con voces; mas ella, considerando lo pasado, dudaba en lo que habia de hacer; acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado.

¶ Ya la Verdad es muda, por lo que le costó el no serle; ese que la trata, paga; mas á mi parecer pinto en la imaginación, que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce: la clavija gruñe, rechina y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose hasta que la ponen en su punto. La clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda; pues así pasa. La Verdad es la clavija, y la Mentira la cuerda; bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar á la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo, y quedando sana, la Mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaqueña; luego faltó y quebró. No pudo resistir á la torcedura, siempre rodando, de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama á otro. Ya soy paje, quiera Dios que no vengamos á peor. No es posible lo que está vio-

lentando dejar de bajar ó subir á su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias bajándome á servir; presto verás lo poco que asisto en ello, que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto: venir tan de vuelo de uno en otro extremo, no puede ser con firmeza, es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raíces, no lleva fruto, presto se seca; no las puede echar en el oficio nuevo, aunque perseveré algunos años, ni vine á fructificar: fué mucho salto, á paje, de picaro (aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que solo el hábito los diferencia) por fuerza me habia de lastimar. Bien al revés me aconteció que á los otros, pues dicen que *las honras cuanto mas crecen, mas hambre ponen*; á mí me daban hastío las que habia profesado; esas lo eran para mí; cada uno en lo que se cria. Bueno sería sacar el pece del agua, y criar los pavos en ella; hacer volar al buey, y el águila que are; sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcon, y quitar al hombre el risible. Yo estaba enseñado á las ollas de Egipto; mi centro era el bodegon; la taberna el punto de mi círculo; el vicio mi fin á quien caminaba; en aquello tenia gusto, aquello era mi salud, y todo lo á esto contrario lo era mio. El que como yo estaba hecho á qué quier boca, cuerpo, qué te falta, los ojos hinchados de dormir, y por otra parte las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre á dos carrillos como la mona, ¿ de qué manera pudiera sufrir una limitada ración, y estar un día de guarda, y á la noche la hacha en la mano, en un pié como grulla, arrimado á la pared, hasta casi amanecer, á veces sin cenar, y aun las mas era mas á lo cierto, helado de frio, esperando que salga ó entre la visita, hecho resaca de las escaleras ó fuelles de herrero, bajando y subiendo, acompañar, seguir la carroza á horas y deshoras, poniéndonos el invierno de lodo y el verano de polvo, sirviendo á la mesa, el vientre ahilado con deseos, comiendo con los ojos, y deseando en el alma lo que allí se ponía, llevar el recaudo, volver con otro, gastando zapatos, y de mes á mes que nos los daban, los quince días andábamos descalzos.

En esto se pasa desde primero de enero hasta fin de diciembre de cada un año; preguntando al cabo dello, ¿ qué teneis horro, qué se ha ganado? la respuesta está en la mano: señor, sirvo á mercedes, he comido y bebido, en invierno frio, en verano caliente, poco, malo y tarde; traigo este vestido que me dieron, y no tanto con que me cubriese, cuanto para con que sirviese, no para que me abrigase, sino con que los honrase, hiciéronlo á su gusto y á mi costa; diéronme por mis dineros las colores de su antojo; lo que habemos medrado en abundancia, ha sido resfriados, que no hay hombre que pueda alzar un plato, granos y comezon con que nos entreteneamos, y cosas de frutillas tales ó peores. Cuando el viento corre fresco y alcanzamos valor de diez ó doce cuartos todo en grueso; ha sido de otros tantos pellizcos ó bocados de cera que quitamos á la hacha y los vendemos á un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ese tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías; mas acaso si en ello lo hallan, en azote lo paga, que es un juicio. Solo esto se permitia hurtar, digo, se hurtaba menos mal; que si se nos permitiera, cabo á cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de cenería; mas cuando esquilmbaba de la mia ó traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo.

Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa, dejando aparte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden, y aun en esto hacían mil burradas, que como uno levantase un panel de la mesa, envolvióle de presto en un lienzo y metiólo en la faltriquera. Como servía los manjares, y no pudiese tan presto



darle puerto de salvacion, ó el cobro que deseaba, y con el calor se fue la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo á mucha priesa. Monseñor lo miraba desde la mesa, y con gana de reir que tuvo, mandóle que se estirase arriba las calzas, el paje lo hizo: como pasó las manos por cima de la miel, pegósele, y quedó corrido de lo que allí se rieron, mas á fe que le amargó; porque, sin gustar de la miel, con una correa le hicieron que diese la cera.

No fuera yo, á fe que nunca tal me sucediera; sabía muy bien cualquier bellaquería, y no estaba olvidado de mis mañas; porque no se me secase la vaina, me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos á mis compañeros. El diablo trujo á palacio necios y lerdos, que se dejan caído cada pedazo por su parte: gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conservar. El hombre ha de parecer al buen caballo ó galgo, en la ocasión ha de señalar su carrera, y fuera della se ha de mostrar compuesto y quieto. Paje había, y digo que los mas, y me alargo mas, que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante como detrás de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama, flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos, y lo mas que podia, de que poblaba el jergon de la cama de mi compañero, porque no lo hallasen en la mia. En los aires lo trocaba por otro, y aunque fuera por hierro viejo no habia de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su batillo, que si un punto se descuidaba, *ojos que le vieron ir, nunca lo vieran volver.*

De aquestas travesuras hacia muchas, y todas eran obras de mozo liviano. Di en una cosa después, que jamás me habia pasado por el pensamiento, y fué en goloso. No sé si lo hizo el comer por tasa, y que levantó el deseo el apéto, ó que debía estar en muda; porque dicen, que en ciertas edades truecan los hombres de costumbre. Ibame tras la golosina como ciego en el rezado; las que mis ojos columbraban, en el erario no estaban seguras, mis manos eran águilas; y como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, así yo poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendian viniéndose á la boca. Tenia monseñor un arcon grande que usan en Italia de pino blanco (aun en España he visto muchos dellos, que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidrios ó barro), este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo, secas: allí estaba la pera bergamota de Aranjuez, la ciruela jinovisca, melon de Granada, cidra sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limon de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berenjena de Toledo, orejones de Aragon, patata de Málaga; tenia camuesa, zanahoria, calabaza, confituras de mil maneras y otro infinito número de diferencias que metraian el espíritu inquieto y el alma desasosegada. Siempre que habia de hacer colacion, ó comer algunas destas cosas, dábame la llave que la sacase en su presencia, sin fiarla nunca de mí á solas. Desta confianza nació ira, de la ira deseo de venganza, con él me puse á soñar estando despierto: ¡válgame Dios! ¿cómo le daríamos á este arcon garrote? Ya dije que era grande, á mi parecer de dos varas y media, una de alto, y otra en ancho, blanco mas que un papel, la veta menuda como hilos de Cambray, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras y su chapa en medio. Si sabes qué es hurtar, ó lo has oído decir, ¿cómo será bueno vaciarlo sin falsar llave, abrir cerradura, quitar gozne ni quebrar tabla? Espérate, diréte qué hacia.

Cuando me cabia la guarda, y habia en casa visita ó cualquier otra ocupacion, que parecia forzosa ó prometia seguridad, tenia mi herramienta prevenida, alzaba un poquito el un canton de la tapa, cuanto podia meter una cuña

de madera, y alzaprímalo un poco mas, metia un palo rollizo torneado como cabo de martillo; este iba poco á poco cazando con él, dando vueltas acia la chapa, y cuanto mas ella lo llegaba, tanto la dejaba del canto mas levantada; de manera, que como era mozueto y tenia delgado el brazo, sacaba lo que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras. Mas hacia: cuando alguna vez no alcanzaba lo que estaba un poco lejos, contra la contumacia y rebeldía de las tales cosas, ponía en un palillo ó cabo de caña dos alfileres, uno de punta y otro hecho garabato, con que lo hacia venir á obediencia; así era señor de cuanto dentro estaba, sin tener llave para ello. Dime tan buena maña en todo, que aunque habia mucho, ya se veía la falta, y conoció ser claro por una zamboca castellana, que como fuese muy grande y estuviese toda dorada, me incliné á ella; era una ascua de oro á la vista, y después me supo, que hasta hoy la traigo en la boca; nunca mejor cosa ni su semejante ví en mi vida. Como era pieza conocida y faltase de allí, comenzó la sospecha general; mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha, y desto pesara mucho á monseñor tener en su casa quien se atreviera á falsearle cerraduras, y mas las de dentro de su retrete.

Llamó á sus criados principales, para que la verdad se supiera; quiso mi buena suerte que ya estaba toda digerida, sin memoria della en mi poder. Era el mayordomo un capellán melancólico, de mala digestion; dijo, que llamasen á todos los criados, para que, encerrados en una pieza, se hiciera en ellos cala y cata y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razon, sino atrevimiento de criado mozo. A todos nos enjaularon, mas no fué de sustancia, que nos hallaron cabales de la marca y á ninguno falso. Esta se pasó, mas el cuidado no, que á buena fe que andaba el amo deseoso de saber la verdad. Yo con el alboroto dejé pasar algunos dias, hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcon; mas la corcova que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor, se le hara peor; las malas mañas que aprendí me quedaron indelebiles. Así pudiera sustentarme sin ello como sin resollar, y mas aquellas niñerías, que ya les habia tomado el tiento, y me sabian bien. No pude tenerme en la silla, sin volver á caer y á visitarle de nuevo: volvíme á la querencia.

Un dia que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesaba. Esta el arcon en un retretillo como alcoba, mas adentro de la cámara en que dormía, y teniendo mi brazo arremangado dentro dél, acertó á darle á monseñor gana de orinar; levantóse á su aposento, y no viendo algun paje, tomó el orinal que estaba á la cabecera, y estando orinando, sentilo y alborotéme; quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo, y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canton de las maderas: quedé como gorrion en la loseta bien apretado. Al ruido del golpe monseñor preguntó: ¿quién está ahí? No pude responderle ni apartarme de cómo estaba; entró dentro y hallóme de rodillas, castrado la colmena. Preguntóme qué hacia. Hube de confesar; dióle tanta gana de reir en verné de aquella manera, que llamó á los que con él jugaban para que me vieran; riéronse todos y rogaron por mí, que aquella se me perdonase por ser la primera, y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no, y que habia de ser azotado.

Sobre cuántos azotes me habian de dar hubo nueva chacota, que así los iban recateando como si fuera hechura de algun pontifical; quedaron de concierto fuesen una docena; remitieron la paga al domine Nicolao, que servía de secretario, era mi mortal enemigo; diómelos con tales ganas en su aposento, que en quince dias no pude estar sentado; pero no le sucedió dello como pensaba, que me lo pagó muy presto, y aun con setenas; y fué, que como los

mosquitos le persiguiesen y hubiese muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dije: «yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla.» El me lo agradeció, y con ruegos me importunó se lo diese; dijele, que mandase traer un manajo de perejil, y mojado en buen vinagre lo pusiese á la cabecera de la cama, que todos acudirían al olor, y en sentándose en él irían cayendo muertos. Creyóme, y hizolo luego. Cuando se fué á la cama, cargó tanto número de ellos y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos á tenazadas y le comían las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos, y creyendo que morirían pasó hasta por la mañana. La noche siguiente, como el remedio hubiese atraído no solo los de casa, mas aun de todo el barrio, labrarón de manera, que le desfiguraron el rostro, y todo lo mas que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal esceso, que fué necesario dejar el aposento y salirse dél huyendo. El secretario me quiso matar, y viéndolo monseñor de aquella manera, que parecia leproso, y que yo de miedo no parecia, se descompuso riendo de la burla que le hice, y mandóme llamar: preguntóme que por qué habia hecho aquella travesura. Respondíle: «vuestra señoría ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien cuanto se recatearon uno á uno; demás desto no habian de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años; el domine Nicolao me dió mas de veinte por su cuenta, siendo los postreros los mas crueles; y así vengué mis ronchas con las suyas.» Pásose en gracia; y porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, servi este tiempo al camarero.

## CAPITULO VIII.

Cómo Guzmán de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servía, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.

Era hombre donoso, sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho á la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno, y mas de un poco imaginativo. Tenia unas parientas pobres, y cada dia les enviaba su racion, y algunas veces comía ó cenaba con ellas, y como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oireis adelante; y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas (que es un manjar de masa cortada y cocida en graso de ave con queso y pimienta) no vino bien dispuesto, fuése á la cama derecho, y metióse dentro desnudo. Pues como faltase á la cena de monseñor, y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba; enviólo á visitar, y respondió no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estaria por la mañana, con la merced que su señoría ilustrísima le hacia enviando á saber de su salud. Esto se quedó así por entonces, y á la mañana yo era ido á casa de las parientas con la comida, y un compañero mio quedó limpiando los vestidos para que su señor se levantara. El y el secretario se burlaban mucho, y de las burlas (por ser sin perjuicio) gustaba monseñor. Levantóse el secretario, y fuése donde mi compañero estaba, y preguntóle: «¿cómo está vuestro amo?» El respondió que reposaba, porque la noche antes no lo habia hecho ni podido dormir. Volvióle á decir: «pues en tanto que no se viste, idos con este mi criado, ayudadle á traer cierto recaudo, y ha de ser presto, que yo quedaré aquí entre tanto.» El mozo fué donde le mandaron.

Ya el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa, y haber faltado á la mesa, tenia trazada una donosa burla, y prevenido un mozueto, que vestido en hábito de dama cortesana, se metiese tras de su cama; pues como estuviese durmiendo y la entrada franca, para mayor seguridad entró el secretario primero sin ser sentido; el mozueto se escondió, como estaba industriado y estúvose quieto; volvió el secretario á salir, y fuése donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el cama-

tero. Respondióle: «señor, agora supe dél, y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno, y no me maravillo; que antes de recogerme anoche lo visité, y no me habló de buena gracia; no sé lo que se tiene.» Monseñor, que era la misma caridad, al momento lo fué á visitar, y estando sentado á su cabecera, salió el mozueto por la cortina trasera de la cama, y dijo: «¡ay amarga de mí! Vóime, señor, que es tarde, por amor de mi marido;» y así salió por medio de todos los criados del cardenal, que con él habian allí venido. Monseñor se admiró, que lo tenia por un santo, y el camarero asombrado, creyó ser vision. Comenzó á dar gritos, «Jesus, Jesus, el demonio, el demonio;» y así saltó en camisa de la cama, huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos que lo sabian, se estuvieron riendo, y en ello conoció monseñor que habia sido burla; dijéronle la verdad. El camarero no seosegaba ni sabia por dónde huir; y aunque todos procuraban reportarlo, no volvió tan presto en sí, antes quedó asombrado y corrido de la burla; por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo como cortesano, y el cardenal se fué santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine todo era pasado; mas tanto lo sentí, como si dado me hubieran otros tantos azotes; diera el camarero por vengarse un ojo de la cara.

Como me vió triste, y él también lo estaba, me dijo: «¿qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho conmigo estos bellacos?» Respondíle: «bueno ha sido; mas creo que si á mí me la hicieran, que no le diera su Santidad la penitencia, ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda, que antes dello cobrara la deuda, y no mal.» Todos me tenían por travieso y traicista; no fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo, por no ser lícito á un paje vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual; andé cada oveja con su pareja, que no son buenas burlas con los mayores; una bastó para mi satisfacion y en causa propia, que fué con disculpa, quién ó para qué me embarcaba en cosas de que no podia escapar, menos que con buenos azotes ó las orejas cuatro dedos mas largas, y sin pelo ni cañon en la cabeza: por eso callaba y estábame quedo; mas yo, que de mí era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas, y entender que monseñor habia de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño dello, y así dejé pasar algunos dias, esperando que hiciese mas calor; cuando me pareció tiempo, y que el ordinario de España queria partir, el secretario trabajaba con gran priesa; compré un poco de resina, incienso y almáciga, molílo y cernílo todo junto, dejándolo hecho sutil harina.

Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos de prisa; fuime derecho á él, diciendo: «hola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno; pan hay, si tienes vino, serás mi compañero; y si no, perdona, que quiero buscar camarada;» él dijo: «no, pesie tal, que yo lo daré; quédate aquí, que luego soy con él y contigo.» Entre tanto que fué por él á la despensa, saqué mi papel de polvos, y volviendo las calzas, rocíelas con un poco de vino que llevaba en un pomillo de vidrio y polvoreélas muy bien, tornándolas á poner como el mozo las dejó. El volvió bien presto con el jarro proveído, y antes que hablase palabra, su amo lo estaba llamando que se queria vestir; dejéme el vino en poder, y entróse allá dentro. Metióse en papeles, que hasta mediodia no pudo volver á salir. Era el secretario muy veloso, comenzaron los polvos á disponerse y hacer su efecto: era por los caniculares, y con la fuerza del calor obraron de manera, que desde la cintura hasta la planta del pié se hizo un pegote tan recio y fortalecido, que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo. Como así se vió, comenzó á llamar su gente,



para saber aquello qué fuese; ninguno lo supo decir ni darle razon, hasta que el camarero entró, y le dijo: señor, esto ha sido burlar al burlador, y dar al maestro cuchillada; si buena me la hizo, buena me la paga. Ella fué tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo á pelo entre dos criados, y fué necesario descoser las calzas para poderlas quitar. La burla se solenizó mas que la primera, porque escoció mas. Desta vez quedé confirmado por quien era, todos huían de mis burlas como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasaron: después volví á mi oficio con la misma poca vergüenza que primero. Ya tendrán noticia de la fábula, cuando apartaron compañía la vergüenza, el aire y el agua, que preguntándose dónde volverían á verse, dijo el aire, que en la altura de los montes, y el agua en las montañas de la tierra, y la vergüenza que una vez perdida, imposible sería hallarla. Yo la perdí, sin ella me quedé, y sin esperanza de volver á ella, ni me estaba á cuenta, porque á quien le falta, la villa es suya. ¿A quién lo pasado no pusiera escarmiento, para no volver mas á caso semejante? Contaré de la enmienda lo que me aconteció. Ya tenía las tripas dulces y tan hechas á ello, que aquellos días que faltó fué quitar al enfermo el agua, ó al borracho el vino. Dejérame caer de lo alto de Sant-Angel para hurtarlas del suelo; y es así: que *quién teme la muerte no gozará la vida*: si el miedo me acobardara, sin gozar de mas dulce me quedara. Hice mi cuenta: cuando en otra me hallen, ¿qué me pueden hacer? ¿qué mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluznado, amarillo, triste, desnudo y encogido. Es el miedo acto servil, muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien, como el perro medroso, que es mas cierto en ladrar que en morder; es el miedo verdugo del alma, y es necedad temer lo que evitar no se puede; érame imposible (por mi condicion) abstenerme. Venga lo que viniere, que á los osados favorece la fortuna: con mi persona lo he de pagar, y no con bienes muebles ni raíces, pues Dios no ha sido servido de darme tierra propia de que haga un bodeque, si senovientes que conmigo no anden.

Era monseñor aficionado á unos pipotillos de conservas almiradas, que suelen traerse de Canaria ó de las islas de la Tercera, y en estando vacíos, echábanlos á mal. Yo acaudalé uno de media arroba, que me servía de baul, y en él tenía guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzos de narices, y otras cosas de paje pobre. Mandó un día, estando comiendo, á su mayordomo que comprase á un mercader tres ó cuatro quintales dellos, que habian llegado frescos. Yo lo estaba oyendo, y pensando en el mismo tiempo cómo valerme de un barril. Alzóse la mesa; recogieron todos á comer, entre tanto fui á mi aposento, y en abrir y cerrar el ojo, recogí dentro del que tenía cuantos trapos viejos y tierra hallé á la mano hasta henchirlo; púsele su fondo, apretéle los arcos, como si naturalmente lo hubieran traído con raíces de escorzonera; dejélo estar, poniéndome á la mira de lo que sucedía. Ves aquí sobre tarde, veo traer dos acémilas cargadas de conservas que descargaron en el recibimiento; mandónos el mayordomo á los pajes las llevásemos al aposento de monseñor. Vile á la dama el copete; no os pasareis, le dije, sin que os asga del cabello: cargúeme de uno como todos los demás, y quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento mételo dentro y saco el otro, el cual me llevé á la recámara, y así hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta.

Cuando subí el postrero, púseme muy mesurado en la sala. Monseñor me dijo: «¿qué te parece desta fruta, Guzmanillo? aquí no se puede meter el brazo: poco valen las cuñas.» Respondíle al punto: «monseñor ilustrísimo, *donde no valen cuñas, aprovechan uñas*; y si no cupiere el brazo, valdríame la mano, y eso me bastara.» Replicóme: «¿cómo entrarán las uñas ni la mano de la manera que es-

tán?—Esa es la ciencia (le respondí): que estando de otra, fácil de ser abiertas, ni grado ni gracias; en las dificultades han de conocerse los ingenios, y en las cosas grandiosas de importancia se muestran, que no hincando en la pared un clavo ni en calzarse los zapatos, cosas agibles, de suyo ya hechas.—Agora, pues, dijo: si en estos ocho días fuere tu habilidad tanta que me hurtas algo dellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero sino lo haces, te has de obligar á una pena.—Monseñor ilustrísimo, le dije: ocho días de plazo es vida de un hombre, negocio largo, y que podría ser cuando allá llegásemos, ó el concierto se hubiese resfriado ó la memoria perdido; yo acepto la merced que se me ofrece, y si mañana á estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario; porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavia sabe á la pez, y no se le cubre pelo.»

Rióse monseñor y los que con él estaban, y así quedamos de concierto para el siguiente día; mas como ya estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligacion, y dejélo hasta su tiempo. Estaba la mesa puesta y monseñor sentado á ella comiendo los principios que yo servi primero; y mirándome á la cara con alguna risa, me dijo: «Guzmanillo, poco te queda de aqui adelante, llegando se te va el plazo; ¿qué dieras ahora por verte libre? Ya el dómine Nicolao tiene puesto á punto el recaudo, y me parece que traza cómo vengarse de tí, y tú de satisfacerte dél; de mi consejo sería se hubiese bien contigo, no tanto por tí como por sí.» Yo le respondí: «monseñor ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos, y no lo están las conservas de las mias; y si se pudiera jugar á siete y llevar, y tuviera qué perder mas de la pobreza de mi persona, desta vez determinara jugarlo por tener mi suerte cierta.» Así pasó la comida hasta servir los postres, que tomando del aparador una media fuente, la llené del barril, y con ella me fui á la mesa y la puse en ella. Cuando monseñor la vió, admiróse, porque él mismo en su aposento guardó los barriles y allí lo tenía, que á nadie los fió por el apuesta, y se guardó la llave. Llamó al camarero, y mandóle entrar dentro que los contase y viese si estaba alguno abierto ó mal acondicionado. Entró y hallólos como se pusieron; salió diciendo que estaban enteros y cabales, sanos y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello. «Ha, ha, ha, dijo monseñor, no te han de valer bellaquerías; desta vez pagar tienes: querías decir que lo sacaste de los barriles y lo tendrás pagado con tus dineros; dómine Nicolao, dijo al secretario, yo os entrego á Guzmanillo, que hagáis dél á vuestra posta, pues ha perdido en la apuesta.» El secretario respondió: «monseñor ilustrísimo: vuestra ilustrísima señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo par dél ni de su sombra quiero llegarme, ni me atrevo, que lo tengo por tal, que buscará sabandijas que me coman; si á mi castigo dejan su pena, yo lo absuelvo y lo quiero por amigo.—No he tenido culpa hasta ahora, respondí, para que me den absolucion; donde no hay materia, no tiene que buscar forma; yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad, y se viere palpablemente, castiguenme como quisieren; ¿de qué sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trujo; y no solo esta, pero un barril entero está en mi aposento.» Santiguábase monseñor maravillado cómo pudiera ser: en cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacia otra cosa que santiguarse con toda la mano; y deseoso de certificarse dello, se levantó y fué á mirarlo por sus ojos.

Habia puesto ciertas señales, hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave, no sabia cómo fuese; creyó con mas veras que compré el barril, y díjome: «Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos.» Yo los conté, y le dije: «monseñor ilustrísimo, cabales están, pero de lo contado come el lobo; ya veo que están buenos, mas no todos, y para que así se vea tráigase uno que tengo en

mi aposento y abran aquel que allí está, y hallaránlo trocado.» Abriéronlo conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron; quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido; todos me lo preguntaron, mas á ninguno lo dije. Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido; así se hizo, mandáronme dar otro, y tuve dos; pero para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como lo entregaron, lo di á los pajes mis compañeros, que lo partiesen entre sí; y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse mas de mi liberalidad, y túvolo en mucho. Temíase de mis malas mañas, y sin duda entonces me echara de su casa, si no fuera tan santo varon; hizo una consideracion: si á este desamparo, algun gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres; las cosas que en mi casa hace son travesuras de niñez, y de lo que no me pone en falta; menor daño es que á mí se atreva en poco, que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo (para mejor disimularlo) del vicio gracia; y es gran prudencia cuando el daño puede remediarse, que se remedie, y cuando no, que se disimule. Hizose risa dello, contándolo á cuantos príncipes y señores lo visitaban, en las conversaciones que se ofrecían.

## CAPITULO IX.

De otro hurto de conservas que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y cómo por el juego él mismo se fué de su casa.

La ordenacion de la caridad, aunque antes quedó apuntado, digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres, y á ellos los hijos, después á los criados, y si son buenos, deben ser mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenía monseñor, amaba tiernamente á los que le servían, poniendo, después de Dios y su figura que es el pobrecito, todo su amor en ellos: era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espiritu Santo y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso: tiene inclusas en sí la fe y esperanza, es camino del cielo, ligaduras que atan á Dios con el hombre, obradura de milagros, azote de la soberbia y fuente de sabiduría. Deséaba tanto mi remedio; como si dél resultara el suyo. Obligábase con amor, por no asombrarme con temor; y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud, me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo; de su plato, de sus niñerías, cuando las comía partía conmigo, diciéndome con mucho amor: «Guzmanillo, esto te doy por treguas en señal de paz, mira que como el dómine Nicolao contigo no quiere pendencia, conténtate con este bocado, y con que te conozco vasallaje, dándote parias.» Decíalo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores, era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados; favorecíalos, amábalos haciendo por ellos lo posible; con que todos lo amaban con el alma y servían con fidelidad, que sin duda *al amo que honra, el criado le sirve*, y si bien paga, bien le pagan; pero si es humano, lo adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad ni le hacen amistad: no le sirven con temor ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonado en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos, y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuánto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarían para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no lo amare.

Trujéronle á monseñor de Jénova unas cajas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima, lo que se podía desear; eran frescas, acabadas de hacer, y en el camino habian tomado alguna humedad. Cuando se las pusieron delante holgóse de verlas, y mas por haberlas hecho y enviado una señora, deuda suya, de quien solía ser ordinariamente regalado; yo no estaba en casa, y en tanto que volvía, entraron en acuerdo, qué se haría

dellas, ó dónde se podrian enjugar, que tuviesen salvo conduto de mi persona; porque como se hubiesen de poner al sol, corrieran peligro aun dentro de la urna con las cenizas de Julio César. Cada uno dió su parecer, y ninguno bueno. Monseñor acordó en una cosa, y dijo: «no hay para qué buscar dónde guardarlas; dándoselas que las guarde, tendrán seguridad, y no de otra manera.» Cuadró á todos la razon, y luego como vine me dijo: «Guzmanillo, ¿qué habemos de hacer destas conservas, que vienen húmedas, para que no se acaben de perder?» Yo dije: «lo mas cierto me parece, monseñor ilustrísimo, comerlas luego.—Y atreviéraste á comerlas todas?» me preguntó. Respondíle: «no son muchas á mi parecer, si el tiempo fuese mucho mas: no soy tan comedor que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente.—Pues yo quiero que las guardes y tengas cuenta con sacarlas al sol cada día, que aquí no hay lance; y cuenta se te han de entregar y las tienes de volver; descubiertas van y llenas, asegurado estoy del daño que les puede venir.—Yo no lo estoy, le respondí, de mi mismo, ni del que las podría hacer, que soy hijo de Eva, y metido en un paraíso de conservas, podriame tentar la serpiente de la carne.» Volvió á decir: «pues mira cómo ha de ser, que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales, ó mira por tí lo que te va en ello.» Volvíle á decir: «no viene el pleito sobre ese artículo, que hasta volverlas como están sin que se les conozca falta ni daño, cosa es fácil; otra es en la que reparo.—¿En qué reparas?» me volvió á preguntar. Díjele «que me ponga á gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza, que cumpliendo con lo que se me manda, forzoso he de gustar mucha parte dello.» Monseñor, admirándose, dijo: «ahora, pues, en esto quiero ver lo que sabes; dóite licencia que comas hasta que te hartes una vez, con tal condicion que me las vuelvas á entregar sin que se les conozca falta, y si se le conociere, me lo has de pagar.» Acetólo; fuéronme todas entregadas: otro día saquélas al sol en unos corredores, y entre todas habia una de azahar y limon, que á la vista se venia. Lleguéme bonico con un cuchillo pequeño, quitéle las tachuelas del suelo, y dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo le saqué casi la mitad por abajo, volviéndola á clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza cortado á la medida, y tan justo, que no habia mas que ver.

Estando monseñor aquella noche haciendo colacion, trájeme á la mesa cuatro cajas de aquellas, y preguntéle si habia hecho buena guarda. Respondíome: si así están las demás, yo me contento. Fuiselas trayendo todas, y holgóse de verlas, porque estaban mas enjutas y cabales; luego volví con un plato, y en él todo mi hurto, que en realidad de verdad aun dello no probé cantidad de una nuez; aquello hice solamente para la ostentacion del ingenio. Cuando lo vió me preguntó: «¿qué es esto?» Yo le respondí: «parto con vuestra señoría ilustrísima de mi hurto.» El me dijo: «yo mandé que te hartases, mas no que hurtases; perdido has esta vez.» Repliquéle: «yo no me he hartado ni lo he probado; no pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar, y todo el hurto entero, como se podrá bien ver; y si del haber usado virtud ha de resultarme daño, no sé por dónde camine que acierte, pues me tienen tomadas las veredas; no se me da nada del castigo ni de haber perdido, porque creí haber ganado; mas otra vez no perderé.—Ahora no quiero dejarte quejoso, me respondió, sin razon te culpo; mas ¿de cuál de todas estas, deseo saber, lo sacaste? Alargué la mano, diciendo: desta es la falta, y enseñéle cómo y por dónde.» Holgóse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temian mucho no la emplease en mal algun tiempo. Mandóme alzar la caja, y que me la llevase.



Destas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba dellas y de mí como de un jugador; porque si algún paje se dormía, bien pudieran otro día comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada día, dos horas á la mañana y dos á la tarde, oír á un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo; lo mas después de servir á nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos. Si salíamos de casa, era solo á engañar buñoleros, que con los pasteles buen crédito teníamos ganado. De noche dábamos leñas á las damas cortesanias, y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba; y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto á la vergüenza: todo me hedia, nada me asentaba, día y noche sospiraba por mis pasados deleites. Cuando me vi mancebo (que pudiera bien ceñir espada) holgara de algún acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto que si mis obras lo merecieran, no me faltara; mas en lugar de cobrar juicio y hacer cosas virtuosas para ganar la voluntad, obligando con ellas, di en jugar aun hasta mis vestidos, y como era un poco libre, también lo andaba en el juego.

Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¿Cuántas veces yendo en dos, tomé tres cartas, y teniendo cinco, envidé con las tres mejores? ¿Cuántas veces tomé la carta postrera, y ponerla debajo, veía si era buena ó no, y muy de espacio brujuleaba la otra ya vista, y hacia partidos, que era robar en poblado? ¿Cuántas veces tenía un diácono á mi lado, que se hacia dormido y me daba las cartas por debajo? ¿Cuántas veces andaba un adalid por cima que me daba el punto de los otros, para saber el que tenían, y á qué iban, y por señas tan sutiles me lo decía, que era imposible poder entenderse? ¿Cuántas pandillas hice dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con as hice cincuenta y cinco, ó con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto, ó gané por la mano? Pues ya cuando jugábamos dos á uno, y nos dábamos las cartas, tomar naípe desechado, poniéndolo encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naípe de mayor ó señalarlo, habiéndome hecho de concierto con el coímero ó con el que lo vende. ¡Oh, qué hice de ruindades y fullerias! Ninguna hubo que no entendiera y supiera, todas las obraba; porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo; y si licito fuere, digo licito, que como en la república se permiten casas de pecados, por escusar otros mayores, habia de haber en cada pueblo principal maestros destas bellaquerias, donde los inclinados al juego las entendiesen y no los engañasen; porque nuestra sensualidad se deja vencer facilmente del vicio, y hace vil costumbre lo que se inventó por licito ejercicio. Con razon se dirá vil costumbre, cuando descompuestamente lo siguieren, sacándolo de su curso.

El juego fué inventado para recreacion del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que desta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace, que no se le junten estos atributos. Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas que se aparten del aquellos que son mas nobles, considerando los daños que dello se le sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno, y que, si él gana y el otro pierde, se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo y no un hombre de honor; y otras cosas (que no me atrevo á decir), tales de calidad, que no solo por ellas y las dichas habian de aborrecer el juego, pero las casas

donde se juega. Mas ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no seria malo, si no importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, los engaños que en él hay; y si dello sacaren provecho ó rebundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero, y se lo lleven como bestia, que demás de ganárselo, burlan dél. Una cosa procuré; nunca sentarme á jugar con poco ni de poco, ni con persona que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres, y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenia ya de manera que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé cuál señor quiere dar pan á criado jugador; porque si tiene hacienda á su cargo, hacienda de que puede aprovecharse, y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, en ventura si podrá esquitarse; pero si vuelve á perder, y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor daño, cuando aquel quisiera remediar; si no tiene á cargo hacienda, no es posible asistir á las horas que ha de servir, ni lo han de hallar cuando fuere menester, como á mí me aconteció. ¶

Sentíalo monseñor en el alma; nada pudo aprovechar conmigo amonestaciones, persuasiones, palabras ni promesas para quitarme de malas costumbres; y estando una vez con los mas criados de casa (en mi ausencia) les dijo lo bien que me queria, y deseo que de mí bien tenia; y pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratagemas: que echándome unos días de casa, podria ser que viendo mis faltas, amansaria conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la ración, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. ¡Oh virtud singular de principe, digna de alabanza eterna, y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! Que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos. Previnome la necesidad forzosa de la comida: ¡libreos Dios todo poderoso de tal necesidad! Todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale.

Hizose así en tiempo harto trabajoso, porque como un día y noche hubiese estado jugando, y perdido cuanto dinero tenia, y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco; viéndome así, metime en mi aposento sin osar salir dél; y aunque me quise fingir enfermo, no pude; porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos; y también porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño. Como le falté á la mesa tantos días, preguntaba siempre por mí; pesábale que se dijese chismes, y de que unos fiscalesen á otros; y así le decian: por ahí anda. Creció su sospecha, no me hubiera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerlo, diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinacion, viendo cuán disolutamente sin temer ni vergüenza procedia, que mandó me hiciesen un vestido, y con él me echasen de casa en la forma que lo habia mandado antes. Vistióme el mayordomo, y despidióme. Corrimo tanto dello que, como si fuera deuda que se me debiera tenerme monseñor consigo, haciendo fieros me salí, sin querer nunca mas volver á su casa, no obstante que me lo rógaron muchas veces de su parte con recaudos y promesas, diciéndome el fin con que se habia hecho, y solo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me queria, y en mi ausencia decia de mí; nada pudo ser parte que volviese; siempre tuve mis trece que parecia vengarme con aquello; estendime como un ruin, quedéme para ruin, pues fui ingrato á las mercedes y benefi-

cios de Dios, que por las manos de aquel santo varon de mí amo me hacia.

¶ Justa sentencia suya es que á quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le dohen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¿Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, por qué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabia, ni á mi servicio se debia, ni por gratitud lo merecia! ¿Qué mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera! ¿Qué desconocido anduve al regalo con que fui curado! qué olvidado de la solicitud con que fui administrado! qué ingrato á la caridad con que fui servido! qué descuidado del cuidado con que fui dotado! qué soberbio á la mansedumbre con que fui amonestado! qué pertinaz á las dulces palabras con que fui persuadido! qué sordo á las graves razones amorosas con que fui reprehendido! qué áspero á la paciencia con que fui sufrido! qué incorregible al favor con que fui defendido! qué rebelde á los medios que para mí remedio se buscaron! qué incapaz del buen término con que fui tratado! y qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon! Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieron á su prosperidad, hicieran tanto ni con tanto amor, sufriendome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mia. Con menos respeto trataba en su presencia que si fuera igual mio, y él con entrañas de Dios me lo sufría. Estoy cierto, que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano cansado de mis cosas: monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí. ¡Oh condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien y mas bien á los tales como yo! ¶

¶ Esperándome un día, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya escusa, y que atajados con vergüenza, pronunciamos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto, á todo hice oídos de mercader; apelé para mi carne, que pronta para mis vicios en seguirla, me desvaneci; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon; pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinacion para lo malo; mia fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fué maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo necesario; mas como se corrompe por el pecado, y los míos fueron tantos, yo produje la causa de su efeto, siendo verdugo de mí mismo. ¶

## CAPITULO X.

Cómo despedido Guzmán de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si como dije y fué verdad, tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre, considerélo bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar mi mal bien. Andábame vagando la flor del berro por las calles de Roma, y como tenia de la prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado, me convidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en compañía del malo, dando el alimento á cuerpo, destruye con malos humores el alma; que mas me destruian sus malos consejos y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine á conocer cuando ya me hallé con el agua á la boca. Entranse los vi-

cios callando; son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido; son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los amigos tales son fuelles, encienden la llama que comienza á arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi ración, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo, que fuese ó enviase por ella cada día; mas dejé de obstinado, y queria mas la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Bien presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese, y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse de dárme muy presto; no solo no me lo dieron, mas por no dárme me aborrecieron.

¶ Esto de huéspedes tiene misterio; siempre hallé en el que convida boca de miel y manos de hiel: con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan; y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo, ricos y de pasaje, han de pisar poco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastio. No te fies creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederias, haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que todos los mas de poco se empalagan y enfadan; lo que mas tardares, has de ser odiado y enojoso, y te querrian echar en el pan zarazas. Dame pues por ventura, si te convida un casado, y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya y un poco brava, ó si es madre ó hermana; finalmente, mujer, que las mas de suyo son avarientas, cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen, y aun á sí mismas con ello. El día que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la ajena pavos blandos. ¶

Mis amigos, hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon, yéndose acertando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme, que me hiciese sombra con la comida; vime tan apretado, que cual el hijo pródigo, quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fué mi desgracia tanta, que ya era fallecido; ya yo estaba rendido, y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda; mas acudí tarde, que quien cuando puede no quiere, bien es que cuando quiere no pueda, y pierda por el mal querer el bien poder. No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara, como al que menos de sus criados, con una honrada ración para toda mi vida, y en ventura de alguna mejoría; mas pues así fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió; las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: ¡ah señor! al fin habia de ser, y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser ni conviene ser; tú lo haces que sea y que convenga. Libre albedrio te dieron con que te gobernases, la estrella no te fuerza, ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno, y te esfuerzas en lo malo, siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades.

Entré á servir al embajador de Francia con quien monseñor (que está en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis mimerias. Mucho se deseaba servir de mí; no se atrevió á recibirme por el amistad que estaba de por medio. En resolución allá me fui; haciame buen tratamiento, pero con diferente fin, que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya; porque lo recibia de donaires que le decía; cuentos que le contaba, y á veces de recaudos que le llevaba de algunas damas á quien servia. No me señaló plaza ni oficio, generalmente le servia,